

piedra preciosa o limo aurífero. Fuiste isla o pleamar. Palabra, sílaba y acento. Fuiste el nombrador que habitó el universo.

Cantó vivo su júbilo el misterio de lo creado prolongándose por el cielo alterado de azul, por los murmullos de los callados en la arena, por los gorjeos o los ojos atentos. Cumplíase la paz hacia el cielo que jamás era suma de lágrimas, sino escarcha que una mano reúne. Claror de lo dichoso. Verdad de lo inocente en valles sin huellas ni límites, manifiesto. En airones ligeros, magnolios dulces o limoneros sorbiendo el amarillor de la mañana. Remanso súbito y permanente desde donde se disipa la tristeza. Tiempo virginal que fulge inmarchito o eterno día.

Miras ahora esa extensión dispuesta para el blanco amor y sueltas claman las aves hermosas en su cortejo. Abrázase a la isla el océano como guirnalda temprana o incitación encendida. Corren bosques en busca de veletas movedizas. Rubias espaldas las olas transportando en volandas rayos tibiamente doradores. Miras por sobre la hierba no polvorienta o lo arriba de los volcanes y nace a tu gesto la frente tan serena, exenta de cuerpo, generosa como lluvia fresca, como luz no durísima. Y es tu ademán vigiloso libertad celeste, idioma de una sola claridad cantando.

Sí. Llegaste para instaurar la plenitud. Cumplido está tu designio y el crepúsculo entero adviene en celebración. El mundo queda colmado. Plumas, aves, espumas, mares o bosques, reptiles, corales: el mensaje vivo de un alma en amor desplegada. El día sin nieblas. Melodioso el sol huella de labios libres. Ligera la brisa deshaciéndose y tornando frescor: mediodía sin término, negado latido del tiempo. Y tu perfil tierno sobre azul se yergue incapaz del engaño. Igual a pecho desnudo o transparencia.

Ambito altísimo al que otorgas formas de belleza intocada tu dominio se reconoce en la música, en dones puros o luminosidad que no cesa. Es tu paraíso edad intranscurrida o instante a sí mismo imitándose, momento que no sucede: alborada de existencia, plenitud lejana de lo efímero. Sin tregua te alzas sobre ese tiempo detenido y te siento, entonces, trueno manso o voz salvadora. Y te entiendo y me acoges: único latido que no muere.

DICHA DE LO JOVEN

Diste entonces en germinar niño de azules inocencias cuando estaba todo dispuesto para niños alegres o blancas sangres y los jardines hablaban desde tus manos. Creciste en ciudad de marinos días, y a su sombra sonaban las rocas con acuáticos badajos. Así te ini-

ciaste en la luz y en el recuerdo. Te hiciste vuelo o de fulgor. Casi playa, puerto o amante ola, casi vela blanquísima vertical y ascendente, fuiste nave de fuegos libertarios.

A través de la aleta y el cordel abriste calles apenas leves como aire a medio transcurrir. Calles para pies pletóricos en desnudez, cruzadores, mágicos, inasiblemente ingravidos hacia tanto gozo. Calzadas que buscaban pasos y corros ligeros en anhelo de huellas o brillos sin peso. También los jardines, las flores limpias, las palmas ascensionales escalando brisa, la reja florida, el sol prodigioso encaramándose o copiado en los patios, la misma canción súbita o fugaz deshaciéndose. Todos. Todo un único clamor de pie desnudo. Y el mar que suspiraba o bramaba alentando el juego como madre alta de espumas.

Rutilabas con la piedra amable y el bamboleo grueso de las alamedas. Morabas en el vuelo hacia el cielo, en el propio cielo en alas de gaviota extendido. En los velámenes o sus caminos platinados y salpicadores. En las cuerdas y el arco iris. En la luna y su trapecio. Moldeábante claridades y tú cantabas con la sal que descifra sueños. O te ibas río viajador para quedarte como curva entre naranjos, albrichigos o vid madura. Como matinal plaza o fuente sin dueño. Ciudad en ti, inocente sin tristeza, joven habitante ilimitado de la dicha. Arquitectura impetuosa que te envolvía como hambre o arco de luces.

Único y noble tu corazón, tuvo empeños para aquel tanteante despertar de rumores. Templó tu piel el mudar de estaciones hasta reunir las ante una común insistencia de blancuras. También tus ojos hicieron de cavidades y rompientes, de cimas alzadas o montes como senos anochecidos, caminos que procuran aleteos espejeantes. Soltáronse tus dedos en colores y tu voz en boscajes bulliciosos. Compusiste aljibes para el sosiego, para la indolencia de veleta, entre sombras verdes vegetalmente rizadas. Y en seguida, los muros sin mella como harina intacta. Y esquinas y alféizares, balconadas sorprendidas en su salto, portalones de remotas señales, ventanucos y claraboyas. Los reconociste. Para la vida los rescataste. Y siempre las aguas: cerradas o sin medida, los cabrilleos y remansos, el lenguaje de la espuma o remolinos inofensivos. Las aguas llegando como esa lengua que humedece y vivifica.

Y, al cabo, concertóse tu cuerpo con el pálpito generador y se hizo uno con la fundación de la mañana y su poblamiento. Fue la tuya una conjunción segura como de lluvia y sementera fértil, como océano y horizonte, como viento y bandera. Tenaz mano en la yunta que rige muscular o enamorada, fuiste sol blando y tranquilo sobre plantación para que brotaran formas o murmullos o latidos irrepeti-

bles. Sin miserias ni crudeces: colmados. Y nacieron como la verdad más profunda. Como la devoción ininterrumpida. Como amado que no se sacia.

Ese era tu dominio. Ese era el territorio nunca turbio donde ascendiste para el canto. Allí fuiste inminente primavera acompañada por frutos y amigos inalterables en su nobleza y en sus abiertos ademanes. Entonces conoció tu mirada la totalidad, el ritmo henchido, el desbordamiento hermoso de los seres próximos. Desterraste turbiones, fangos indignos o la angustia que envilece por moribunda. Entonces supo tu sangre del latido frenético y de la calma que anega pacificadora hasta hacerse celebración: éxtasis de lo creado, de lo no antiguo. Allí convocábase lo joven en unánime presencia o perfección no adivinada, sino gloriosamente táctil. Allí volvióse presente la memoria del paraíso. No evocación. Sí permanencia.

Para la inocencia germinaste y seguiste siendo puro y azul como promesa. Recorriste geografía clara, pero más claro fue tu corazón de rincones y veredas, de palmerales, palomas y salitre. Y brilló como cáliz más generoso que espejos, como música inavolible o mano sobre charco. No escapa ya la luz en fuga desertora porque para ella dispusiste la hondura de tu pecho. Y a él se recoge. Y va contigo desde las construcciones y paisajes que enalteciste y te enaltecieron antes de tu hombría cifrada en años. Luz que todo invade y rinde. Marino esplendor que nutre el fuego que marca y señala.

Desde entonces eres atmósfera, clima, colina o estuario añorado. Desde allí eres distancia o tiempo sin tiempo redimido. Y siempre te regresas placentero para encontrarte y descubrirte como sueño que adentro duerme. Para desdeñar lo caduco, lo impreciso. Nuevo y acrisolado. Con las edades suspendidas. Ciudadano de la luz.

DONDE MORA EL AMOR

Total amor como maravilla que sacia sangre ferazmente enamorada o batir de cinturas fundiéndose desde el silencio. Total amor cuando el día no es espina, sino verdad que el cuerpo segrega. Culminación cimera o lo ardiente sin merma. Viene, lo traes o te crece desde tu ciudadanía luminosa. Antes incluso: desde cuando la inexistencia, desde cuando la muerte y el cuerpo oscuro. Nos lo aproximamos. Y toca incansable como lengua que penetra.

Te vive como vive el agua entre los dedos: sin dejarse, pero humedeciendo. Roza incruento y totalmente abrasa como encuentro imposible de planetas. Une y colmando deserta sin ofrecer nada para después: sólo ala o ciego espejo. Cierra el tiempo en su centro y es

comienzo veloz para una lenta afirmación de lo indeleble. Se acerca como frente, como recuerdo firme, como gallo desvelado o aire rondando. Penetra como vaticinio o palabra que deshace oscuridades. Como edad que desemboca en labios nuevos. Como horizonte abierto. Como sombra desnuda y obstinada. Como espada, ahonda. O nostalgia o duración del silencio. Si fuera quilla, hendirse. Si monte, erupción. Si planta, mandrágora o sangre de Drago. Obsidiana de afilados brillos, si negrura. Larga nieve, si agua. Fiebre o llaga o latido apresurado, si piel. Es sangre y arde. Y no limita. Y consume.

Para él te hiciste. Por él eres fuerza que empuja mareas o súbito blancor, espada o diente, arteria que golpea. Ante él todo ignoras, menos su íntima llamada convocando a la avidez de pecho entregado que toda gloria agolpa y reúne. Conoces su música rotunda y la fiereza como animal zaherido con que asedia. Sabes de su no presencia, de su remotísima certeza que así invade y transporta donde el gozo que se copia o derrama fugitivo. Mundo que fluye entre tus manos y a sí mismo se contempla sin olvido ni tregua. Indescifrable forma, diamante o rubí duro acosando, encendiendo, viviendo para acallar la soledad honda que señala en tristeza. Huella inmóvil prolongándose en la carne y hacia la resurrección.

Y sentiste su resplandor contagioso en las manos, su frente ardiente encendiéndote la frente, su brazo de río luminoso ciñiéndote y anegando, su pecho destellante como espada desenvainada en el espacio que te fundía y afianzaba. Llamaste. Ven siempre, ven muerte, amor. Ven pronto como piedra liviana o luna que me pide mis rayos. Llamaste para matar o amar o morir o darte todo. Que viniera labios marcados por el rojo. Que viniera casi rodante redondez. Que viniera noche que acerca su rostro o carbón extinto oscuro que encierra una muerte. Que viniera ojos o doble y profunda soledad o dos honduras desconocidas. Que viniera. Llamaste. Ven por siempre, ven. Incapaz fuiste de la lejanía. Desechaste el temor. La dura existencia de lucero. El aislamiento de estrella gemebunda. La no vida de corteza cuando el amor separa o se niega, cuando breves o secretos se vuelven los labios o inaccesibles. Llamaste. Sí. Para ser uno e infinito.

Todo fue entonces sorpresa de tocar el cielo extendido como cuerpo. Fue incesante río espejo para las aves cantando o día gozoso que se inaugura. Fue canción viva sólo sospechada y luego acariciante o no sosiego. Transcurriste como rápida ascensión de continente hasta ser placer no conocedor de colmo, jamás ahíto. Rodaste por el cielo abierto como tibia boca que supiera a sol siempre joven o reciente luz o aurora que se alza contra lo sombrío. Fuiste peregrino del universo y sus formas altas. Amaneciste boca o cintura. Inabarcable.

Tu ámbito devino morada resplandeciente donde sólo el amor regía o era desnudez. Triunfo enamorado. Destino de la tierra para el alma. Amor vívido. Vida en o desde el amor. Diurnos relámpagos signaron largamente abrazos y hasta la roca sorda sintió la risa sin engaños.

También el agua acudió hasta los pies o garganta como misterio vedado a la noche vencida. Y las olas y espumas instaurando gozos sobre la arena no ya orilla, sino lecho de besos azulados o brazo tibio que rodea. Eco de juncos, el viento en brisa plácida mudado. Y tras el aire alcanzándolo y llenándolo, el bosque en absoluto aliento verdecido. Manso estrépito de plumas y picos las nubes ofreciéndose en trazos, escorzos y cabriolas volubles para la vista enamorada. Desplegaba su crin el caballo en el galope como vela en singladura. Era vuelo la gacela sin temor al río indiferente. Hasta el diminuto escarabajo no sabiéndolo brillaba. Armonía tan plena, que estremece. Puros amantes entregados al claror de cuerpos entreabiertos y encontrados. Perfiles unitarios. Identidades confundidas. Pleamar surcada de labios que se reconocen. De crepúsculos nunca extintos cuando los dientes sobre dientes.

Este es el signo de tu luz amante que las águilas sonorísimas o serenas o inmarcesibles cuajan en sus pupilas libremente, no esquifes o caja para olvido. Contemplar el espacio que pueblas. Adentrarse y refutar el eclipse. Reino de exentos amadores. Tiempo para eternamente propagarse. Para verterse sin término. Dominio solo o bello. Unico por siempre. Amor. Palabra pura como desnudez, alta, amaneciendo al mundo. Tu paraíso.

SABAS MARTIN

Fundadores, 5
MADRID-28